

EDUCACIÓN, POBREZA Y GLOBALIZACIÓN

Frente a la globalización, la profundización de las desigualdades y la pérdida y recuperación de la confianza en la educación, Francisco Basili propone un necesario encuentro entre escuela y educación popular en el marco de un nuevo proyecto humano que, inspirado en la lucha por los derechos humanos, asuma como ejes la democracia y la ciudadanía.

FRANCISCO BASILI
UNICEF

El último cuarto de siglo ha sido testigo de acontecimientos y procesos dramáticos. Queremos subrayar tres de ellos: la globalización, la profundización de las brechas entre ricos y pobres al nivel de países y personas, y la pérdida y recuperación de la confianza en la educación como factor de desarrollo individual y colectivo.

En la base de la globalización está el avance científico tecnológico, que pone al alcance de la humanidad la satisfacción de las necesidades de todos sus miembros, y sustenta la expansión de naciones y empresas cuya influencia y ambición se ha vuelto planetaria. El avance científico tecnológico, y su correlato, el desarrollo de mejores tecnologías de información y comunicación, han reconfigurado el mercado de trabajo y cambiado la vida cotidiana de la gente.



De cara al desarrollo de las naciones, hoy tenemos que hablar de alfabetización tecnológica y hemos de reconocer que la línea divisoria entre pobreza y riqueza está y estará cada vez más marcada por el acceso a información y por la habilidad para usarla. Hay, cómo no, pobres y ricos de la información, y hay mitos sobre la calidad y complejidad de información que constituye riqueza o da el acceso a ella. Hay, también, es-

peranzas y mitos sobre la posibilidad de saltar etapas de desarrollo, gracias a las tecnologías de punta y a sus costos decrecientes.

En la base de la inequidad y la miseria que envuelve a una gran población de pobres del norte y el sur, el este y el oeste del planeta, hay muchas causas. La inequidad puede tener raíces en estructuras históricas de exacción o exclusión, en la concurrencia desigual a un

mercado sin normas ni frenos, en fenómenos naturales previsibles o imprevistos, en conflictos civiles o internacionales, en círculos viciosos y autorreproductivos —cerrados a la oportunidad de la emergencia— que transmiten la pobreza de una generación a otra, en el surgimiento de liderazgos tiránicos, en prejuicios culturales.

Hay, por supuesto, la pobreza que fabrican el vicio o la indolencia. Pero hay dos mil mi-

liones de pobres en todo el mundo, que trabajan para otros hasta entregar su vida y que saben que la riqueza es la recompensa del trabajo, para los que están en el lugar adecuado.

En el proceso de pérdida y recuperación de la confianza en la educación, el punto de inflexión fue la Conferencia de Educación para Todos, en Jomtien, Tailandia. Es que el sector educación no había tenido su Alma Ata, como tuvo salud. Faltaba un proceso mundial de reflexión que definiera el contenido del derecho a la educación, como Alma Ata lo había hecho con el derecho a la salud. Una reflexión que enfrentara a la escuela con una realidad en la que ya no es la principal proveedora de información, pero sigue siendo un medio fundamental para la satisfacción de las necesidades educativas básicas de los sectores más pobres. Se trataba de reconocer al ser humano como el animal que aprende para la convivencia, la satisfacción de necesidades y la construcción de identidad, y de reconocer a la sociedad como el conjunto de agentes y contextos en y con los que se interactúa, aprende y comparte lo aprendido mientras dura la vida. Tal es el sentido enfatizado en Jomtien.

La década de los 90

Desde la Cumbre Mundial por la Infancia, se pensó en los 90 como década de la esperanza para las niñas y los niños. La suscripción casi unánime de la Convención de los Derechos del Niño, autorizaba esta confianza. Ambos hechos y la Conferencia de Tailandia, son parte y señal del proceso de globalización de las comunicaciones,

las economías y las convenciones políticas, y de la ampliación logarítmica de la producción de información, como hemos dicho. Pero, con el sentido de una globalización de la lucha por los derechos humanos y de ampliación del concepto mismo de derechos.

La lucha por los derechos humanos ha dibujado un proyecto de humanidad para el próximo siglo. Hoy reconocemos un conjunto de valores y patrones para la relación entre humanos de distinto género, distinta generación, distintos pueblos-credos-usos. Reconocemos valores y patrones de comportamiento para la relación entre gobernantes y gobernados, y entre las generaciones que ahora habitamos la Tierra y las que aún no han llegado y la tendrán como casa, recurso y desafío. Esos valores y patrones de comportamiento están escritos y suscritos en la Declaración de los Derechos Humanos y en sus instrumentos complementarios. Constituyen los ejes del proyecto humano para el nuevo milenio. Son el principal bien cultural de la humanidad y el fundamento de su dignidad como colectivo heterogéneo.

Sin embargo, es bueno recordar que los Derechos Humanos, los principios y valores que los sustentan, son construcciones recientes y frágiles, que deben ser validados socialmente a través del conocimiento, la aceptación y la exigencia de su realización. Es decir, que la persistencia en el tiempo y la vigencia de los derechos dependen de procesos educativos que trascienden el ámbito escolar y en los que estamos implicados todos. El principio de realidad es "el que puede puede", el principio de humanidad es "todos tenemos los mismos dere-

chos, cada derecho implica los otros, y todos son derechos exigibles".

La solidaridad y la organización son garantía de la exigibilidad de los derechos. Se cultivan a través de la educación. Todos configuramos, por acción o defecto, ese proceso educativo. Lo hacemos quienes necesitamos los derechos porque son nuestra salvaguarda contra el poder arbitrario, y lo hacen los que detentan el poder, aunque sea transitoriamente, porque nos enseñan el valor del estado de derecho o el precio de su ausencia. Ellos también aprenden, porque la exigencia social de los derechos juzga su ejercicio del poder, más temprano o más tarde.

El proyecto de humanidad del próximo milenio tiene una buena nueva. Se expresa en dos palabras que se implican: democracia y ciudadanía. La primera es un estado del hoy, por realidad o por defecto. La segunda es resultado de condiciones y procesos que nos devuelven a las familias y las escuelas, como espacios fundamentales de socialización y construcción de normas, y que nos remiten a los otros configuradores de contextos —la autoridad, los medios de comunicación—, y a cada sujeto en su ir viviendo.

Pobreza y democracia

Desde una perspectiva postmoderna, la afirmación de un proyecto de humanidad es sospechosa de etnocentrismo. ¿No será que imponemos una perspectiva —que tiene su propia historia y sus propios referentes— al conjunto de pueblos y culturas?

Desde una perspectiva hermenéutica, vivimos en el marco de una cultura hegemónica,

que invade e invalida otras culturas generando pobreza, en un mundo globalizado –como en la melancólica metáfora de la aldea global– donde el conocimiento funda el espacio para sobrevivir y ser incluso diferente, pero no es un bien igualmente accesible.

Desde una perspectiva política, ciudadanía implica el derecho a refundar la democracia, a expandir el concepto de derecho –y de deber– hasta ser reconocido como igual y tener garantizadas las oportunidades, e implica asumir los derechos de todos como horizonte de sentido del actuar propio. Ciudadanía es inclusión.

Las condiciones y los procesos que permiten construir la ciudadanía son múltiples y complejos. Hoy hablamos de condiciones objetivas para el desarrollo de la ciudadanía, de la construcción subjetiva de la ciudadanía y del desarrollo de la participación o del ejercicio de la ciudadanía, y reconocemos que la familia, la escuela, la convivencia comunal, son los contextos en los que se juegan la formación de un ciudadano y el estado de derecho como tal. Esos son los contextos en que se experimenta la exclusión o la vacuna contra ella.

La construcción de la ciudadanía

Una corriente mundial de conciencia sobre la oportunidad de las intervenciones que garanti-

zarían la ciudadanía de las niñas y los niños, pone énfasis en los primeros años de vida. Se hace cada vez más potente y popular el concepto de desarrollo temprano y se vuelve evidente la interrelación entre cuidado, sobrevivencia, nutrición, crecimiento y desarrollo de niñas y niños, particularmente en los primeros años de vida. El respeto a la mujer, la atención familiar y comunal a los procesos de embarazo y asegurar las condiciones objetivas del desarrollo en los primeros tres años de vida, aparecen como las primeras medidas para evitar la re-



producción de la pobreza.

Otros prefieren asumir el período de los nueve meses previos al nacimiento hasta los ocho años, como una unidad de sentido. Recomiendan evitar fraccionarla, así como evitar las visiones sectoriales o parciales de la niña o el niño. Para ellos, en este período se logra la construcción de las estrategias básicas de interacción social y de valores de convivencia, se consigue el manejo de la producción e interpretación de

textos y otros recursos comunicacionales e informativos, y se desarrollan capacidades de resolución de problemas a partir del razonamiento, la prueba y selección de intentos diversos, y la imaginación. Lo que no se haga aquí, se afirma, se traduce en reproducción de la pobreza.

Pueblos que discriminan o valorizan en menos a las mujeres, son pueblos con niñas y niños de bajo peso al nacer, mayor morbilidad y mortalidad infantil, problemas de nutrición y crecimiento. Pueblos con menor atención a la crian-

za en los primeros años, son pueblos con mayor índice de fracaso en la primaria, menor nivel de escolaridad, mayor reproducción de la pobreza.

Pueblos o familias en carencia de micronutrientes esenciales, o en situación de miseria, de dependencia extrema o con prácticas inadecuadas al desarrollo, inhiben la formación de

la ciudadanía. No habrá salida a la pobreza sin condiciones objetivas positivas para los infantes de las familias más pobres –cuidado, seguridades a la sobrevivencia, nutrición, estímulos para el desarrollo cognitivo y psicosocial–, sin información apropiada para la toma de decisiones emancipadoras en la historia familiar y eficaces para el desarrollo de niñas y niños.

Pero también se puede afirmar que países con escuelas sin condiciones mínimas o donde

no se aprende realmente lo fundamental, son países que cada vez valorizan menos la función magisterial, presentan índices más altos de deserción o de omisión a la matrícula, y no remontan problemas de extraedad o de exclusión de las niñas en los grados superiores de la primaria.

La construcción de la ciudadanía y de la democracia son los relatos de emancipación que todos estamos invitados a protagonizar. Sin embargo, no se puede educar a los varones en el buen trato a la mujer o a los hijos e hijas en la primera infancia, si no se les ayuda al autodesarrollo, a la ampliación de las inteligencias de la convivencia, a la negociación en los conflictos. Es necesario experimentar, desde una pedagogía del poder, la condición de ciudadano con cuyas decisiones se transforma el mundo —primero el micromundo—. Y tampoco es posible ayudar a las mujeres a negociar su desarrollo y realizar su ciudadanía, si no se les acompaña a organizarse. Sólo un contexto efervescente de procesos de construcción de ciudadanía es garantía de la democracia y echa bases para una lucha sustentable contra la pobreza.

El desarrollo subjetivo de la ciudadanía empieza en la familia. En la serenidad o alteración del contexto familiar y en la oportunidad y pertinencia con que se da respuesta o no a las demandas de los y las infantes en las primeras semanas de su vida, puede estar la clave de la posición que éstos asuman frente a su existencia: o de legitimidad y de derecho o de ilegitimidad y dependencia frente a la arbitrariedad —que es como se cultiva la violencia—.

En el Perú se ha hablado de cicatrices de la pobreza, para

expresar la vulnerabilidad de los primeros años cuando se experimentan situaciones de autoritarismo, de promiscuidad, de subestimación o de abandono que pueden lesionar de modo permanente. Se ha hablado de contextos familiares de pobreza donde se reproducen, con niños y niñas, las dominaciones y los sufrimientos que el contexto social depara a los progenitores pobres. Pero también se ha hablado de resiliencia, de iniciativas y contextos de resistencia y solidaridad, de realización en la emancipación. Se ha hablado de la ternura, del humor, del juego y de la fiesta como recursos populares para poner las bases de la salud mental y como antídoto a la rabia o la amargura.

Autoestima, asertividad, autonomía, sentido del cuidado de sí y de los demás, actividad cooperativa, son fundamentos de la ciudadanía. La construcción de los cimientos de la salud emocional —como capacidad de conectarse con lo que uno siente, de interpretar y compartir los sentimientos de los otros, de articular comportamientos apropiados— se realiza en casa, si bien la escuela consolida o destruye sobre eso.

Una cultura democrática se da en la eferescencia de relatos de emancipación, de padres que respetan a sus hijas e hijos y se respetan entre sí y que han aprendido a negociar, a consultarse, a compartir tareas y a cuidarse. Se da en las prácticas de la familia ampliada y en las relaciones vecinales e institucionales, cuando se cultiva la solidaridad, se buscan decisiones por consenso, se aceptan responsabilidades y se admite la fiscalización social sobre ellas. Se da en la escuela, cuando es posible construir y revocar las normas, y exigir su parejo cum-

plimiento; cuando se puede sentir la solidaridad en el empeño de aprender y se afirma la práctica de construir conocimiento en grupo; cuando la escuela es espacio de derechos. **Educación y lucha contra la pobreza**

Inclusión, encuentro en la alteridad —o interculturalidad— y participación, son situaciones que no se facilitan desde la pobreza.

La lucha contra la pobreza no se agota con la afirmación pública de los derechos civiles, políticos, económicos y sociales, ni se completa con la formación de sujetos colectivos con la capacidad de negociar su realización. La lucha contra la pobreza pasa por la transformación ética de las personas y el rediseño de los usos y las instituciones de la experiencia cotidiana. Hay que apoyar y recibir de los demás apoyo para crecer en la ciudadanía en cada contexto, para fundar cultura democrática. Este es el lugar de encuentro entre educación popular y escuela. El programa de este encuentro fundamental tiene tres metas: inclusión, encuentro en la alteridad-construcción de la interculturalidad y participación.

En el Perú, la pobreza afecta a más de la mitad de las niñas y los niños. La pobreza extrema alcanza a uno de cada tres menores de cinco años, y las familias la viven como un conjunto de dolorosas exclusiones. Las exclusiones son más notorias entre los más distintos y distantes —asentamientos de migrantes nuevos, comunidades rurales, etnias indígenas—. Para ellos, la cultura urbana e institucional resulta invalidante y crea cercos que tienden a la reproducción de la pobreza. El círculo de la pobreza se cie-

ra entre la exclusión al empleo o al ingreso mínimo, la inadecuada alimentación, la falta de información fundamental y de recursos para asegurar la salud de la familia, la dificultad para asegurar escuela a todas las hijas e hijos, la escasa posibilidad de acompañar su maduración como sujetos de derecho.

Las urgencias de la sobrevivencia suelen dificultar la participación y excluyen de las organizaciones de salvaguarda. La exclusión de la pobreza extrema llega a ser tan crítica que hasta los mecanismos populares de solidaridad tienen problemas para llegar a ella. En este punto, hablamos de una pobreza nacional para tejer la inclusión. No se trata sólo de la pobreza de los excluidos —como sugieren los que hablan de la falta de acumulación de capital educativo o capital humano—; se trata de la pobreza de los servicios y las instituciones que no logran hacerse accesibles, pertinentes, cálidos. Así, hay que revisar la posición que culpa a las familias pobres de la exclusión educativa de sus niñas y niños, y hay que revisar la oferta de la escuela para estar seguros de que tienen puentes interculturales apropiados y que resulta relevante.

Una escuela relevante es la que crea competencias reales para la participación: capacidad de administrar información, de resolver problemas, de convivir y de emprender con otros. Administrar información se entiende como capacidad de formular preguntas, de pesquisar en fuentes, de manejar diversos códigos, de organizar lo así adquirido para tomar su decisión o para dar cuenta a otros sobre ello. Capacidad de resolver problemas

es mirar la cultura en el entorno como el acopio histórico de soluciones a problemas cotidianos y es obtener inspiración en ello para la resolución de los nuevos problemas. Capacidad de convivir y de emprender es reconocer el valor de los otros como distintos y como semejantes y es negociar con ellos la operación de lo que se halle conveniente o necesario.

El proyecto local de educación

La escuela y la educación popular son los principales instrumentos sociales para romper el círculo de la pobreza. En el proyecto educativo comunal se da un espacio para establecer la convergencia entre los espacios, tiempos, recursos, agentes y sentidos de la escuela y la educación popular. Hoy sabemos que es posible y deseable la sinergia entre las operaciones de la red de educación básica de una comunidad determinada y las acciones y demandas de educación de la comunidad adulta, y hemos comprendido el valor de la información, la educación y la capacitación en todos los es-

fuerzos y programas de desarrollo.

Tenemos experiencias de organizar a estudiantes de secundaria para apoyar a las niñas y los niños de los primeros grados de primaria, de movilizar a los estudiantes de los últimos grados de primaria para producir juguetes y materiales educativos para inicial, de movilizar jóvenes estudiantes de pedagógicos y trabajadores culturales para apoyar a adolescentes en torno a propuestas de sentido que contrapesen la vaciedad del consumismo. Tenemos experiencias de apoyo y control social de la calidad de la escuela a través de grupos organizados de mujeres. Se usan programas radiales y televisivos con audiencias organizadas para recibir críticamente información para la toma de decisiones de vida y beneficiarse de la interacción con medios masivos de comunicación.

El marco de la globalización nos desafía a construir ciudadanía para el aquí de lo familiar y comunal, y para el planeta, para las cuestiones globales. Nos desafía a pensar en el ahora, en el tiempo corto de lo cotidiano —que hace el horizonte de los anhelos y los temores— y en el tiempo largo, del proyecto de humanidad. Las connotaciones fundamentales de la ciudadanía: inclusión, alteridad-interculturalidad y participación, implican profundizar lo propio, lo distinto. Sólo desde el conocimiento y el aprecio de lo propio se sostiene la alteridad. Pero el encuentro reclama la apertura al otro y la búsqueda de lo común. Esa es la riqueza principal para la cual la educación abre oportunidades.

